

CARTAS DE MARTÍ

Suma de sucesos.—Honores públicos a un poeta muerto.—“¡Hogar, oh dulce hogar!”—Funerales excesivos de un pugilador.—Justicias inútiles.—Los trabajadores: sus fuerzas; sus objetos; sus caudillos; europeos y americanos.—Honores a Karl Marx, que ha muerto.—Baile de trabajadores.—De lo que se habla en el Mentidero neoyorquino.—El romántico Butler.—Esgrima de cuaresma; homilías y contrahomilías; Fray Luis de León y Jorge Sand.—Condición y puesto legítimo de la mujer en el mundo moderno; las universidades y las mujeres.—Un baile famosísimo.—Tentativa, no aplaudida, de creación de una aristocracia.—Convencionales en la tiniebla.

Nueva York, 29 de marzo [de 1883]

Señor Director de *La Nación*

Puestos en haz los sucesos de este mes, requerirían el brazo de un cíclope para levantarlos: allá, por una puerta luminosa, coronada de serafines de piedra, alfombrada de lirios, entran, ebrias de luz y de hermosura, del brazo de resplandecientes caballeros, damas locuaces y joyantes; allá, por una puerta ancha y sombría, que da a la calle negra, salen en alborotado montón, torcido el fieltro usado, inquieto el puño rudo, colérico el corazón y torvo el ojo, los que tienen cansado de labor ímproba el brazo jornalero, o lleno de mordente envidia el pecho mal cubierto, o de impaciente amor a los pobres el generoso espíritu. Y allá, a la luz del día, que debiera enlutarse por no verlo, trepan por sobre los árboles, cabalgan en postes de telégrafo y faroles, bordan de cabezas rapadas y de ojos siniestros las encaramadas techumbres, por ver pasar cubierto de laureles y de rosas, el cadáver de un héroe de las turbas, gran pendenciero y recio pugilador—todos esos hijos de la tiniebla, que, como los bactilios en el cuerpo humano, pululan,—ensangrentados, torvos y sedientos, en las grandes ciudades:—isiempre al pie de los más hermosos árboles hicieron más honda cueva los gusanos! Un veintenar de miles fue al entierro del pugilador: al baile de un Vanderbilt, que es un Rothschild de esta parte de la América, un millar de galanes y de damas: y diez mil hombres de manos inquietas, burdos vestidos, sombreros irreverentes y corazones inflamados, a aplaudir a los fervorosos oradores multilingües que excitan a la guerra a los hijos del trabajo, en memoria de aquel alemán de alma sedosa y mano férrea, de Karl Marx famosísimo, cuya reciente muerte honran. Y en estos ruidos múltiples de esta ciudad, en que lo real toma ya tamaños de épico, y el grandor tiene a veces reflejos de grandeza, y el alma sustos, y la libertad abrigo,—mézclanse a esos cantos de próxima batalla, que no irá acaso teñida de sangre, porque se libra en el seno de la libertad,—los místicos, ungidos, suavísimos acordes con que, por orden reverente del municipio de Nueva York, acompaña respetuosa comitiva, en su camino a la patria sepultura,

los restos, traídos de Túnez, del autor de una canción que mueve dulcemente el alma de los norteamericanos. Más solo iba el poeta que el pugilador: pero su gran cortejo es invisible. Es hermoso que una ciudad bursátil honre a un poeta.

Era bello John Payne, como Byron y como el historiador Motley. Pero tan impaciente como bello, dio de sí antes de recibir en sí. Y comenzó a sacar de la mente revuelta y privilegiada, dramas, tragedias, periódicos, antes de aquel acumulamiento de infortunios, e incendio de alas de mariposa, y recibimiento en el propio pecho de las arremetidas ciegas y pujantes de las diversas fuerzas de la vida, que han de preceder, como manantial perenne y firme sustentáculo, a esas obras que, más que de lo íntimo, tienen de lo experimental y lo objetivo. A la obra de expresión ha de anteceder la de impresión. Las dotes innatas hierven bien y sazonan las impresiones recibidas; mas, privadas de estas, se escapan por los altos aires, cual globo sin peso. De trece años, ya escribía el poeta Payne un lindo periódico: *El Espejo de Thespis*. De quince, era actor, y dramaturgo. Anduvo muchas tierras, llevado de aquel deseo de novedad y cambio que agita a esos infelices privilegiados que no han de hallar jamás en las naciones de la tierra la nación alada,—que es la suya propia!—En París tradujo al inglés comedias de Francia; y las escribió originales. Y en una ópera, *La Doncella de Milán*, dejó caer, como quien riega lágrimas, los versos que le han hecho famoso. En vano invocan gloria los pedantes, vestidos de casacas académicas,—que hacen gallarda figura, mas sólo sobre los hombros del que para lucir bien no ha menester de ellas. Sólo los gritos del corazón abren, en poesía, como a conjuro mágico, las puertas recias de la Fama:

No entre palacios ni en placeres
[hallo]
Rincón más dulce que mi humilde
[hogar:
Un encanto del cielo allí
[desciende
¡Que palacio o placer no dan
[jamás!
¡Hogar! ¡Hogar!
Ah!, no hay lugar como mi dulce
[hogar!

¡Nada al ausente de su hogar
[deslumbra!
¡Dadme mi choza!—el pajarillo
[aquel
Que cantaba a mi voz!—y la muy
[cara
Paz de la mente, dádmela otra
[vez!
¡Hogar! ¡Hogar!
Ah!, no hay lugar como mi dulce

[hogar!

Pan y fuego faltaron a veces al autor de estos versos, que en órganos y orquestas, y en alas de misteriosa simpatía, viajaron pronto por toda la tierra. Vez hubo en París en que, al pie de un organillo que recogía sueldos por tocar la canción, hubiera extendido la mano trémula y flaca el autor hambriento, que la oía desconocido, solo y lloroso. Luego, este país, que venera a sus filósofos y enriquece a sus poetas, le hizo su Cónsul en Túnez, donde el caminador rindió jornada. Treinta años hace de esto: lo sacaron ahora de la fosa tunecina; en misterioso crepúsculo, y bajo estrecha nave, bañada de esa luz de espíritu que ablanda y perfuma, cantaron sus honras, con temblantes palabras, sus amigos de Túnez, y lo enviaron aquí—de donde lo pedía, para guardarlo en sepulcro de Washington, un filántropo,—a que lo envolviesen en la bandera de la patria, a que se destocasen a su paso, como ante mensajero de posttierras, los caminantes sorprendidos, y a que, bajo la cúpula del municipio, se levantasen, como un lamento y una caricia, sus versos famosos. Bien hacen en traerlo a su pueblo propio: los huesos de los poetas dan virtud especial a la tierra que los cobija. Saber honrar a un poeta, es serlo. Y en la vida, el astro ha de estar al lado del martillo. Los pueblos han de cultivar a la vez el campo y la poesía. Si no, la vida hemipléjica ahoga al pueblo deforme, y el lado exuberante absorbe al pigmeico. Este cantar salió de donde parece que ha de salir todo lo luminoso: de la tormenta, de una vida tumultuosa, entrecortada, y rota en trizas: que el dolor besa en la cuna, con beso que penetra como puñal, y luce como estrella, a todo verdadero poeta. Y la música del *Dulce Hogar* vino de donde viene todo lo grande, memorable y duradero;—de un aire de Sicilia, que el pueblo gorjea: vino del pueblo.

¿A qué contar ahora, al pie de esta hermosura, la romana manera con que, apiñados como granos de arena, enterraron al pugilador Jorge Elliott sus admiradores y cofrades? Es mundo oscuro, donde nada tenemos que hacer los que leemos periódicos y los escribimos, trabajadores de la luz. Quien vio gusanos en Cuba, tiene idea de aquella muchedumbre. Era por el Bowery, lugar de gente pobre, y también de gente aviesa. Bribón mayor que Elliott no lo había en la cristiandad; pero de un golpe de puño sacaba a un hombre la vida del pecho. Murió en una pendencia de taberna. El funeral parecía el de un héroe. Las calles no eran de adoquines, sino de cabezas. En el ataúd yacía un gigante. Rompía la marcha un carro lleno de coronas de flores. Dijérase, al ver tal muchedumbre, que se había cuajado el aire en cuerpos humanos. Seis caballos llevaban el carro. Milla en torno cubría la concurrencia cuando fue el muerto bajado a su fosa. Tiene este mundo tenebroso de peleadores y gente de vicio su Código de honor, y su literatura y sus teatros. Mozos jóvenes beben de estos venenos, y ese día mismo en que era Elliott enterrado con tal pompa, se apiñaba también la multitud en las escaleras de la casa donde yacía, en ataúd de terciopelo con ornamentos de plata, un niño ahorcado. La

justicia le dio muerte porque él, por hacer de ladrón bravo, y pechudo y de cabeza de barrio, la dio a un pobre francés que defendía sus centavos. ¡Llaman justicia a esa que mata! ¡Justicia podría llamarse la que evita! Pues, ¿qué era la apoteosis del rufián, sino incentivo a serlo? No se ha de permitir el embellecimiento del delito, porque es como convidar a cometerlo. Y tres días después del que vio morir a aquel bandido de diecinueve años en la horca, apaleaban y robaban a un artesano tres mozos de la banda del ahorcado. El miedo del peligro futuro no apartará jamás a los hombres de la tentación de ceder al apetito presente.

Por tabernas sombrías, salas de pelear y calles oscuras se mueve ese mocerío de espaldas anchas y manos de maza, que vacía de un hombre la vida como de un vaso la cerveza. Mas las ciudades son como los cuerpos, que tienen vísceras nobles, e inmundas vísceras. De otros soldados está lleno el ejército colérico de los trabajadores. Los hay de frente ancha, melena larga y descuidada, color pajizo, y mirada que brilla, a los aires del alma en rebeldía, como hoja de Toledo, y son los que dirigen, pululan, anatematizan, publican periódicos, mueven juntas, y hablan. Los hay de frente estrecha, cabello hirsuto, pómulos salientes, encendido color, y mirada que ora reposa, como quien duda, oye distintos vientos, y examina, y ora se inyecta, crece e hincha, como de quien embiste y arremete: son los pacientes y afligidos, que oyen y esperan. Hay entre ellos fanáticos por amor, y fanáticos por odio. De unos no se ve más que el diente. Otros, de voz ungida y apariencia hermosa, son bellos, como los caballeros de la Justicia. En sus campos, el francés no odia al alemán, ni este al ruso, ni el italiano abomina del austríaco; puesto que a todos los reúne un odio común. De aquí la flaqueza de sus instituciones, y el miedo que inspiran; de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquellos que saben que la Justicia misma no da hijos, sino es el amor quien los engendra! La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas. Más cauto fuera el trabajador de los Estados Unidos, si no le vertieran en el oído sus heces de odio los más apenados y coléricos de Europa. Alemanes, franceses y rusos guían estas jornadas. El americano tiende a resolver en sus reuniones el caso concreto: y los de allende, a subirlo al abstracto. En los de acá, el buen sentido, y el haber nacido en cuna libre, dificulta el paso a la cólera. En los de allá, la excita y mueve a estallar, porque la sofoca y la concentra, la esclavitud prolongada. Mas no ha de ser—¡aunque pudiera ser!—que la manzana podrida corrompa el cesto sano. ¡No han de ser tan poderosas las excrecencias de la monarquía, que pudran, y roan como veneno, el seno de la Libertad!

Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y

espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas.

New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá, le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza. Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Aquí está un Shevitsch, hombre de diarios: vedlo cómo habla: llegan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakunin: comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán: "da! da!" responden entusiasmados desde sus asientos sus compatriotas cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la Reforma: mas no! no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo: ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador. Aquí está Swinton, anciano a quien las injusticias enardecen, y vio en Karl Marx tamaños de monte y luz de Sócrates. Aquí está el alemán John Most, voceador insistente y poco amable, y encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo con que ha de curar las heridas que abra su mano siniestra.—Tanta gente ha ido a oírles hablar que rebosa en el salón, y da en la calle. Sociedades corales, cantan. Entre tanto hombre, hay muchas mujeres. Repiten en coro con aplauso frases de Karl Marx, que cuelgan en cartelones por los muros. Millot, un francés, dice una cosa bella:—"La libertad ha caído en Francia muchas veces; pero se ha levantado más hermosa de cada caída". John Most habla palabras fanáticas: "Desde que leí en una prisión sajona los libros de Marx, he tomado la espada contra los vampiros humanos". Dice un McGuire: "Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación, y no se querellan entre sí, sino todos juntos contra los que los oprimen. Regocija haber visto, cerca de lo que fue en París Bastilla ominosa, seis mil trabajadores reunidos de Francia y de Inglaterra"—Habla un bohemio. Leen carta de Henry George, famoso economista nuevo,

amigo de los que padecen, amado por el pueblo, ¡y aquí y en Inglaterra famoso. Y entre salvas de aplausos tonantes, y frenéticos hurras, pónese en pie, en unánime movimiento, la ardiente asamblea,—en tanto que leen desde la plataforma en alemán y en inglés dos hombres de frente ancha y mirada de hoja de Toledo, las resoluciones con que la junta magna acaba, en que Karl Marx es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas; resuenan coros, pero se nota que no son los de la paz.

Otro día, vuelven a juntarse en decenas de miles. Quieren tener diario suyo, y se dan bailes, para ayudar a fundarlo con sus productos.

¡Buenas mujeres! Allá han ido con todos sus pequeñuelos: ¡qué alegres están sus hombres, que siempre están tan tristes! Y luego, de noche y con los trajecitos de bailar, no se ven la color enfermiza y las mejillas hundidas de los niños! El aire, cargado de salud, suele estar lejos de donde los trabajadores viven. Millones acaba de dejar el exgobernador Morgan, a sociedades de teología y a seminarios; pues más valiera que empeñarse a forzar en los hombres la fe en el cielo,—crearla en ellos naturalmente dándoles la fe en la tierra! Y ha dejado Morgan muy buenas sumas a las casas en que ayudan a los enfermos, a los ancianos, a los niños y a los pobres: ¡no dejara alguna para ayudar a hacer casas con aire y luz a los que al cabo, de vivir en las sombras llegan a sentirla en el alma, y a hacerla sentir! Estas ciudades populosas, que son graneros humanos, más que palacios de mármol, deberán erigirlos de ventura:—y no acumular las gentes artesanas en pocilgas inmensas, sino hacer barrios sanos, alegres, rientes, elegantes y luminosos para los pobres. Ya son el aseo y la luz del sol para ellos desusada, elegancia: pues sin ver hermosura ¿quién sintió bondad? ni sin sentir la caridad ajena ¿quién la tuvo? ¡Aleje de la cabeza de otros la tormenta el que quiera alejarla de la suya! Si los vierais, ahora que llegan los meses de verano, entrarse en bandadas, llenos los brazos de las madres de hijos pálidos y moribundos, por los vapores de paseo en que alguna cofradía o persona amorosa les permite cruzar de balde el río! ¡Es de morderse los labios de cólera, de no andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención!

Pero la ciudad no habla mucho de estas cosas. Ve cómo no cejan en su lucha y andan a quien reforma más, y más de prisa, por no ser tachado de poco reformador,—demócratas y republicanos. Dicen de Butler, el brillante gobernador de Massachusetts, que es como águila fuerte, que hace estremecer el árbol en que se posa: todos los abusos del Estado, como fruta pasada de sazón, están viniendo a tierra al golpe del águila: es un Gobernador ubicuo, insomne, omnipresente, alarmante: ve los pliegues de las conciencias y toda cosa bellaca en leyes, contratos o cuentas. De un caballero de España cuentan, que halló gozo en echar entre sus convidados un novillo gentil de su ganadería, y están los empleados de Massachusetts como los convidados del caballero de España: dícelo y hácelo todo de modo gallardo, súbito y nuevo, y en el obrar

es tan seguro como en el habla pulido y cuidadoso: es un romántico en el Gobierno: sacude el polvo del Estado, como la Francia joven de 1830 sacudió el polvo de las academias.—La ciudad habla de la suma crecida que ha juntado el *Herald* para beneficio de los desventurados de Ohio, y es cosa que da gozo ver cómo, poniendo en junto sus óbolos humildes, han dado tanto y con más prisa los trabajadores de las fábricas del Estado, que sus gentes de marca y poderío.—Habla de un caballero de iglesia, que trazó tal pintura en sus conferencias de cuaresma de las damas de moda, y de su vida, y redujo a tan cerrados límites la vida femenil, que si en lo de las damas de moda halló justo aplauso, en lo de echar de nuevo a las mujeres a ruelas y a conventos ha movido en su contra a clérigos y seglares. Rezadora y hermana de la Merced quiere el Reverendo a las mujeres.—“¿Y la vida? le responde con voces inspiradas desde un púlpito una mujer elocuente: ¿la vida inevitable e implacable, que la obliga a ser trabajadora o a ser impura? ¿Y tanta huérfana, y tanta viuda, sola en esta muchedumbre de gentes, que como viento del desierto la arrastra y la ahoga?”—“Y esta mente mía, que abarca lo que abarcas;—y este corazón mío, más tierno que el tuyo,—y este desdén mío, que condena tantas veces los gustos y prácticas bárbaras de tu sexo,—¿habré de sofocarlos como crímenes, cuando son poderes que me dio la naturaleza?”—Así increpa al Reverendo otra dama enojada—“¿Para qué me priváis de parte real en vuestras ganancias, si en nada las emplearemos peor que en pagar diez pesos, como los hombres pagan, por ver cómo dos peleadores de oficio, o caballeros de ciudad, o estudiantes de altos colegios, se hinchan a golpes el rostro, y con rabia y pujanza de fieras se derriban y revuelcan por la tierra?” Esto dice otra; y un clérigo dice esto: “Santas! ¡Hermanas de la Merced! Mujeres de rezo: el siglo XIX tiene fuera de los conventos mejores santas: santa es Maria Carpenter, que empleó sesenta años de su vida en educar a los niños de las calles de Londres: y no hay rezadora de las que hermocean las ventanas de cristal de vuestra iglesia de cuyo rostro emerja más radiante luz que del rostro, empapado de amor, de Maria Carpenter.”—Una ardiente reformadora recuerda cómo el rector Wosley, de la Universidad de Yale, favorece la creación de una convención de mujeres, que estudie y decida la ley del divorcio; y mantiene, con agudísima sátira, sazónada de burlas oportunas a los errores de los hombres en el Gobierno, que los Consejos de Educación, las casas de policía, y los puestos todos del Estado, de que el hombre ambicioso y desamorado cuida mal, estarían mejor en manos de mujeres, en quienes el desarrollo de la razón no ahogará la ternura:—que es en verdad gran dote de gobierno.

A punto viene, en medio de estos clamores, la decisión de la Universidad de Columbia, de este Estado de New York. No se atreve a abrir sus cátedras a la par a hombres y mujeres, porque aunque dicen que la Universidad de Cambridge las ha abierto en Inglaterra, no es verdad que las jóvenes estudiantes se hayan aprovechado de la concesión, sino que estudian en el colegio afamado de Girton, que las prepara, como a los estudiantes varones, en todo arte y

ciencia, sin que Cambridge les dé luego más que tribunales de examen, grados y títulos. Y esto ofrece ahora la Universidad de Columbia, y recomienda la creación de un colegio semejante al de Girton.

¡Acaso se yerra: acaso, en estas naciones en que el exceso de población, o de ánimo interesado en los hombres, acarrea estos mismos problemas—el único modo de salvar a las mujeres de los apetitos que engendran sus condiciones exteriores de hermosura, sea el de inspirar a los hombres, con el continuo trato, y el comercio intelectual, amor por otras más nobles y duraderas condiciones! Se está aún en la primera letra del abecedario de la vida. Se hace hasta hoy de un capricho de los ojos, exaltado a necesidad del alma, confundido oscuramente con ella por la generosa y enaltecedora fantasía, ley de toda la existencia.—Y no se mire con ojos aviesos este encallecimiento del alma femenil, que esto es, y no menos, la existencia viril a que la necesidad de cuidar de sí, y de defenderse de los hombres que mudan de apetito, la lleva en esta tierra. Vale más su encallecimiento que su envilecimiento. Y hay tanta bondad en las almas de las mujeres que, aun luego de engañadas, de desesperanzadas, de encallecidas, dan perfume. Toda la vida está en eso: en dar con buena flor. En esta ciudad grande, en donde la mujer ha de cuidar de sí, y salvarse del lobo, y de los de la vida, ha de hacerse piel fuerte que la ampare, y aprender toda ciencia o arte que quepa en su mente, donde caben todas y le dé modo honesto de vivir. La impureza es tan terrible que no puede ser jamás voluntaria. La mujer instruida será mejor pura. Y ¡cuánto apena ver cómo se van trocando en flores de piedra, por los hábitos de la vida viril, estas hermosas flores! ¿Qué será de los hombres, el día en que no puedan apoyar su cabeza cansada en un seno caliente de mujer?

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 13 de mayo de 1883